

# Aquella tarde con Gabriela Mistral

**A**LTA y llena de sol, no se por qué me ha evocado una de esas montañas andinas que ví en un libro de estampas: montañas a la apariencia con frialdad y hosquedad, excelsas de más allá, pero cuando uno se acerca, qué dulzura contenida, y de pronto el paso de un cóndor familiar a las nubes. En su rostro tostado hay la iluminación cordial de la sonrisa; en los ojos de un verde doloroso y trémulo, se ahonda el negror del mirar; por la frente vuelan misericordias de alas abiertas, se apaciguan las cóleras del mar íntimo; y en la melena, que se parte en dos bandas al desgaire, se desmayan hurafieces de pájaros que con sólo tocar la tierra casta de las sienas hacen más pura su melancolía. Ella me habla con orgullo de su sangre de india aymará, que le da la dulce desolación de ciertos parajes; y cuando volvemos a contemplar el mediodía en el valle mexicano, le parece que los volcanes se hallan burilados, y piensa en el verde sombrío del trópico frío de su tierra.

Es tibio el mediodía, julio está gris. El automóvil nos lleva a la posada de San Angel, y esto le impide la alegría de andar, como ella dice. Al ver la nieve de los volcanes, se acuerda de los paisajes del sur de Chile, donde todo es alucinante, y de repente la luz envuelve las cosas en un velo azul y violeta que parece de sueño.

—Nosotros tenemos la araucaria; hay momentos en que nos falta la luz. Yo necesito de ella. Casi todo lo que he escrito ha nacido al amor de los Andes. En el sur yo no puedo escribir. Estaba como aturdida, adormecida... Por eso siempre he delirado con este paréntesis de trópico. Aquí me siento como convalesciente...

Entramos a la posada. En los tejados gritaba el frenético rojo de las bugambilias y yo hablé de Cuernavaca en donde también hallará un recodo como ése, un patio así, la sombra de tejados alegres, el rumor del agua antigua y esas enredaderas que expresan dolor de almas...

Con ella nos sentamos a la mesa: Palma Guillén, su secretaria la señora Soro de Baltra, Vasconcelos y Genaro Estrada. Vió el paisaje con esos sus grandes ojos quietos, de niño sublime, y me habló entonces de Jalapa, donde yo bien sé que las flores, las mu-

jes y los niños, se disputaban para abrazarla.

—Todo aquí en México es lindo!— comentó—. Las cosas feas andan escondidas.

En la mesa ardían los heliotropos y las rosas insignes y parecían celebrar su onomástico el mango, la piña y el durazno. Hablaba lentamente, comía con dejadez, rechazó el vino y la vianda, sonreía con toda su alma y como al hablar hace poemas en prosa, y nadie se hubiera atrevido a empañar la ternura del momento con el horror de un brindis o una recitación de esas con que a otros está reservado atormentarla, todos comprendíamos lo que ella alguna vez dijo: «somos vasos con sed».

Hablamos de las ciudades de nuestra América con ella que ha vivido siete años refugiada en un pueblecito de la cordillera y que cuando bajó a Santiago se asustó. Hay ciudades a las que no volveremos jamás, porque les hemos dado la bendición al despedirnos... Vasconcelos refirió que eso le había pasado con Nueva York y que ahora iba a ser castigado.

No recuerdo quién dijo (y esto sin molestar al peruanísimo Porrás Barrenechea):

—Lima, la todavía virreinal, que adormece como el opio a los que allí llegan y de quien huyen los que todavía están vivos. Sus casas próceres,

sus balcones heráldicos, su gente pulidísima y aquel aire adormitado, pero su río lleno de gatos muertos que el invierno limpia y lleva al mar.

Ella agregó:

—La Habana, donde no se sabe qué es mejor: si el mar o el pan. Villaespesa me ha hablado mucho de Guadalajara.

Palma interrumpió:

—Pero no olvide que tenemos que visitar Querétaro y Oaxaca, y si hay tiempo verá usted una mañana con neblina en el lago de Pátzcuaro.

—Y a Puebla también— añadí— pues le encantaría como si viese uno de esos cántaros que usted hace cantar en sus poemas...

—De esos cántaros—concluyó ella— en que el alfarero deja enseñando el barro, para que el cántaro se acuerde de que también es materia.

En las copas se tranquilizaba el vino blanco, pero ella prefirió el agua clara. Trajeron el pastel de fresas y el helado y como estábamos en el reino amoroso de las frutas, ella exclamó casi alborozándose:

—Las frutas me parecen el corazón del trópico. Cuando yo veo una piña, la mimo, la acaricio, la beso, y me la como con la fruición que debe tener un animalito... ¡Qué cosa tan hermosa es una fruta!

Por vez primera la señora Soro de Baltra conocía los mangos. Gabriela, como una chiquilla, paladeaba aquel postre del Paraíso. No sé por qué se me ocurrió recordar entonces la «Oda a la Zona Tórrida», de don Andrés Bello:

*Tú das la caña hermosa  
de do la miel se acendra,  
por quien desdeña el mundo los  
[panales.*

Y todos convinimos en que si los versos no son malos y acusan al humanista meticoloso, la Oda no es sino un inventario empalagoso.

Me atreví a insinuar:

—Pero en el Antiguo Testamento también se abusa de la enumeración. Basta recordar que del templo salomónico habla con minucia de cada una de las maderas y de las piedras preciosas que emplearon carpinteros y lapidarios.

—Pero no es lo mismo hablar de la chirimoya, la tuna, el mamey y el zapote prieto, que decir «áloe», «zafiro», «mirra», etc.

—Pues sí serviría de algo la Oda, porque si nuestra América desapareciera por una travesura de la Geología, (la América del Sur—aclaró Gabriela—es decir desde México

## Un cable del Lic. Vasconcelos

Gabriela Mistral  
no podrá venir ahora a Costa Rica

México, 56. We fecha 21.

Joaquín García Monge

San José, Costa Rica.

Teniendo noticias prepárase recepción en ésa a Gabriela Mistral, permítome comunicarle que por gestiones nuestras, eminente poetisa ha consentido permanecer dos años entre nosotros dedicada a su labor educativa, habiendo firmado correspondiente contrato. Me consta tiene vivos deseos visitar Costa Rica, pero por ahora no podrá hacerlo, por razones indicadas. Afectuosamente,

J. VASCONCELOS.